

HISTORIA CONCEPTUAL Y ESTUDIOS LITERARIOS¹

JUAN VARO ZAFRA
UNIVERSIDAD DE GRANADA

Surgida a mediados de los años 50 del siglo pasado,² la historia conceptual se desarrolla inicialmente en el ámbito de la filosofía de la historia como alternativa al neokantismo y al historicismo. La hermenéutica gadameriana la impulsó más allá del estudio de la terminología histórica, hacia un espacio de superación de la neokantiana “historia de los problemas” y de la “historia del espíritu”. El problema al que pretendería dar respuesta quedaba expuesto en *Verdad y Método* del siguiente modo:

Por regla general el historiador elige los conceptos con los que describe la peculiaridad histórica de sus objetos sin reflexión expresa sobre su origen y justificación. Sigue en esto únicamente su interés por la cosa, y no se da cuenta a sí mismo del hecho de que la apropiación descriptiva que se encuentra ya en los conceptos que elige puede estar llena de consecuencias para su propia intención, pues nivela lo históricamente extraño con lo familiar y somete así a los

¹ Este trabajo forma parte del Proyecto I+D “Conceptos e ideas en la prosa española del siglo XVI” (FF12010-19117) del MICINN.

² En 1955 R. Eucken y E. Rothacker impulsan el *Archivo para una historia conceptual*, aun cuando todavía la consideran un instrumento al servicio de la filosofía sistemática (Oncina Coves, 2009: 61). Con anterioridad, en los años 30, la historia de los conceptos se había empezado a manifestar como una disciplina distinta de la historia de las ideas y del espíritu, interesándose por las premisas a largo plazo de los acontecimientos históricos. Incluso podrían buscarse antecedentes en la Ilustración y su descubrimiento del mundo histórico (Koselleck, 2012: 9-11). Una breve síntesis de la recepción de la historia conceptual en España puede verse en Vilanou, 2006: 169-173.

propios conceptos previos la alteridad del objeto (Gadamer, 1996: 476).

Ahora bien, la conciencia de este error puede hacer incurrir al historiador en una equivocación aún mayor: creer ingenuamente que en la comprensión histórica es necesario dejar a un lado los propios conceptos y manejarse con los de la época que se pretende comprender (Gadamer, 1996: 476). De esta forma, Gadamer conecta el problema de la historia del concepto con el entramado fundamental del proceso hermenéutico de la fusión de horizontes:

El requisito de dejar de lado los conceptos del presente no postula un desplazamiento ingenuo al pasado. Se trata por el contrario de una exigencia esencialmente relativa y que sólo tiene sentido por referencia a los propios conceptos (...) Pensar históricamente quiere decir en realidad realizar la transformación que les acontece a los conceptos del pasado cuando intentamos pensar en ellos (...) Interpretar significa justamente aportar los propios conceptos previos con el fin de que la referencia del texto se haga realmente lenguaje para nosotros (Gadamer, 1996: 476-477).

Posteriormente, la historia conceptual se escindiría de la hermenéutica filosófica y propondría una nueva disciplina, la Histórica, esto es, una teoría de la historia que no estudia los hallazgos determinables empíricamente de historias pasadas, sino que pregunta cuáles son las condiciones de posibilidad de una historia en el lenguaje y los textos (Koselleck, 1997: 69). La Histórica se despegó de las propuestas existenciales heideggerianas de *Ser y tiempo*³ de las que resultaba deudora en buena medida,⁴ por un lado; y de la reducción de la historia al lenguaje de la hermenéutica de Gadamer, por otro.⁵

³ Para Koselleck las categorías de finitud y de historicidad heideggerianas no son suficientes para fundamentar la Histórica. Frente a la limitada propuesta heideggeriana, presenta las siguientes categorías antropológicas, formuladas como pares antitéticos, como fundamento de la ciencia de las condiciones de posibilidad de historias: poder morir / poder matar; interno / externo; amigo / enemigo; amo / esclavo; y padres / hijos. La exclusión mutua de los términos de estas oposiciones crea los conflictos históricos. Las historias, afirma Koselleck, suceden porque las posibilidades inscritas en ellas superan con creces las que se pueden cumplir (Koselleck y Gadamer, 1997: 71-85).

⁴ Véanse, especialmente, los parágrafos 74 y 75 de *Ser y tiempo*.

⁵ Para un resumen del nacimiento y evolución de la teoría de la historia del

La historia conceptual, señala Reinhard Koselleck, es un campo de la investigación histórica para el que el lenguaje es “una irreductible instancia metodológica última sin la que no puede tenerse ninguna experiencia ni conocimiento del mundo o de la sociedad” (Koselleck, 2012: 45). Para la historia conceptual, la lengua es tanto un indicador de la realidad dada como un factor de esa misma realidad. Conciérne, por tanto, a la historia conceptual, “el análisis de las convergencias, desplazamientos y discrepancias en la relación entre el concepto y el estado de cosas que surgen en el devenir histórico” (Koselleck, 2012: 45). Esto no obstante, como se ha apuntado más arriba, la historia conceptual se distancia de la hermenéutica en este punto; precisamente cuando sostiene que la historia no puede reducirse a lenguaje. La Histórica apunta a estructuras extralingüísticas y prelingüísticas de tal modo que la posición del historiador frente al texto es diferente de la que tienen el filólogo, el teólogo y el jurista de la hermenéutica clásica. Acaso la discrepancia de Koselleck responda a una visión muy reductiva de la hermenéutica filosófica, porque el conocido aserto gadameriano incluido en *Verdad y Método* “el ser que puede ser comprendido es lenguaje” (Gadamer, 1996: 567) ya fue matizado por el propio Gadamer en un trabajo de 1984, “Texto e interpretación” (Gadamer, 2000b), en el que advertía que la hermenéutica no solo se refiere al lenguaje en sentido amplio, esto es, que comprende también lenguajes como el del arte o la naturaleza, sino que, además, esta afirmación bien leída implica que la realidad nunca puede comprenderse en su totalidad: “la frase dejaba sobreentender que lo que es, nunca se puede comprender del todo. Deja sobreentender esto porque lo mentado en un lenguaje rebasa siempre aquello que se expresa. Lo que viene al lenguaje permanece como aquello que debe ser comprendido, pero sin duda es siempre captado, verificado como algo” (Gadamer 2000b: 323). En este sentido puntualiza Oncina Coves: “Luego no se trata de que el lenguaje permite comprenderlo todo o que todo lo susceptible de comprensión pueda ser articulado en el lenguaje o de un ser para el texto, sino de que entender es buscar palabras para expresar precariamente nuestra comprensión” (Oncina Coves, 2009: 49).⁶ En

concepto puede verse Oncina Coves, 2009: 59-68.

⁶ La articulación de la hermenéutica gadameriana respecto al giro lingüístico resulta, en opinión de Wiehl, insatisfactoria: “el definitivo giro ontológico hacia el lenguaje en el sentido de un no-poder-ir detrás-del-mismo no es unificable con los rasgos fundamentales de una hermenéutica filosófica. Un tal no-poder-ir detrás-del-

todo caso, al escindir la historia conceptual de la hermenéutica filosófica, Koselleck dejó a un lado un proceder de autovigilancia crítica que hubiera sido valioso en la pregunta sobre la propia historicidad de la historia del concepto y de la propia conceptualidad del concepto como apuntó Gadamer en “La historia del concepto como filosofía” de 1970 (Gadamer, 2000a: 84), mostrando un flanco vulnerable en la teoría de Koselleck contra el que han cargado críticos desde diversos sectores. Así, por ejemplo, desde el ámbito de la historia conceptual italiana, Sandro Chignola acusa a Koselleck de falta de radicalidad, puesto que su historia de los conceptos se edifica sobre un concepto de ciencia histórica nunca cuestionada en su contingencia ni en sus categorías, que son comprendidas como categorías metahistóricas generales, lo que resulta, desde luego, más que cuestionable (Chignola, 2003: 54). Chignola considera que estos problemas de la historia conceptual koselleckiana obedecen a la contaminación de las ideas sociológicas de Weber, de la que se pretende mantener alejada a la historia del concepto italiana (2003: 34-35).

Para la historia conceptual no toda palabra es un concepto, ni mucho menos un concepto fundamental. La historia conceptual entiende por concepto fundamental un vórtice de significaciones individuales, insustituibles, esenciales en toda comunidad humana. Gadamer relaciona el concepto con el ser, a partir de su uso en el habla cotidiana (por ejemplo, cuando se dice “el concepto de A es...”) y en la tradición de pensamiento occidental desde Aristóteles a Hegel (Gadamer, 2000a). Frente a los conceptos precisos, objetivos y unívocos de la ciencia, Gadamer examina la riqueza del lenguaje

mismo no puede darse para esta hermenéutica, porque para ella no hay una fundamentación última, no hay un acceso a un fundamento último originario, a partir del cual se pueda fundamentar lo finito y condicionado. Tampoco es posible ir detrás de los datos lingüísticos previos mediante la lógica de pregunta y respuesta inscrita en estas preguntas” (Wiehl, 2005: 84). El texto de Wiehl considera que este automalentendido gadameriano está relacionado con la inaclorada relación entre filosofía hermenéutica y hermenéutica filosófica, diferencia que tendría al *Método* como piedra de toque (ineludible para la filosofía; eludido por la hermenéutica). De aquí se deriva también el problema de la consideración de la verdad en la hermenéutica, dado que no puede dar ningún giro hacia la ontología. La consideración de la verdad en la hermenéutica filosófica nada más puede desplegarse en la lógica de la fórmula clave del pensamiento gadameriano de la pregunta / respuesta. Es precisamente dentro de ese esquema de pregunta y respuesta donde se sitúa la relación de la hermenéutica con la historia conceptual.

hablado como primera articulación interpretativa del mundo, como base sobre la que se construye el concepto en sentido filosófico. En ese sentido, el autor de *Verdad y Método* estudia diversos ejemplos de conceptos formados inicialmente en el uso lingüístico ordinario, luego rebasado por la intervención filosófica. Pero es en el ámbito del uso diario, de la experiencia lingüística del mundo, donde, en opinión de Gadamer, juega su principal baza la historia del concepto: “La aportación de la historia del concepto consiste en liberar la expresión filosófica de la rigidez escolástica y recuperarla para la virtualidad del discurso”. La conclusión del artículo apunta a que, a diferencia de lo que ocurre con los conceptos matemáticos y científicos, “el ideal del lenguaje filosófico no es una nomenclatura terminológicamente unívoca y desligada al máximo de la vida del lenguaje, sino la religación del pensamiento conceptual al lenguaje y a la verdad global que está en él presente” (Gadamer, 2000a: 93).⁷ En consecuencia, frente a la precisión técnica de la terminología científica, la multivocidad, muchas veces contradictoria y de límites imprecisos, es uno de los rasgos determinantes del concepto.

El concepto tiene, además, una estructura temporal. No se trata, en ningún caso, de recuperar los universales o los conceptos inamovibles del realismo medieval. Por el contrario, el concepto de Gadamer y, en general, el manejado por la historia conceptual, es un concepto histórico. Esta historicidad permite a la historia conceptual operar en el ámbito del pasado evitando los anacronismos en los que incurre la historia de las ideas.⁸ Cuando Koselleck afirma que los conceptos no tienen historia pero que contienen historias se refiere precisamente a esta cuestión: si los conceptos tuvieran historia, podría hablarse de un núcleo invariable, atemporal y, por lo tanto, ahistórico, sujeto de la historia, que subyacería inalterado bajo una capa de caracteres accidentales sometidos a las variaciones de los tiempos.

⁷ En este sentido, Ricoeur afirma que la responsabilidad de la filosofía respecto al lenguaje consiste precisamente en “volver a abrir el camino del lenguaje hacia la realidad, en la medida en que las ciencias del lenguaje tienden a distender, si no a abolir, el vínculo entre el signo y la cosa. A esta tarea principal se añaden otras dos complementarias: volver a abrir el camino del lenguaje hacia el sujeto vivo (...) y, finalmente, volver a abrir el camino del lenguaje hacia la comunidad humana, en la medida en que la pérdida del hablante va unida a la de la dimensión intersubjetiva del lenguaje” (Ricoeur, 1999a: 41).

⁸ La historia de las ideas, como advierte Koselleck, partía del presupuesto de que las ideas eran “baremos constantes que sólo se articulaban en diferentes configuraciones históricas sin modificarse esencialmente” (Koselleck, 1993: 113).

Sin embargo, esta consideración debe ser examinada con cuidado. Para Koselleck, como se ha advertido, no todas las palabras son conceptos históricos: “No cualquier experiencia del tiempo, sino solo aquella en la que se produce una fractura entre espacio de experiencia y horizonte de expectativa, produce concretamente historia (expresiones polares que fijan el sistema de condiciones de posibilidad de las diferentes historias)” (Chignola, 2003: 28). Esta acotación temporal ya condiciona decisivamente el enfoque de la historia conceptual que se dirige por fuerza hacia un periodo en el que esta fractura se hace tangible, descartando otros momentos históricos en los que los conceptos pueden formarse y transformarse siguiendo otras coordenadas; un periodo, además, que muestra al presente esa fractura, esto es, que resulta relevante al investigador actual que lo reconoce como tal, y no necesariamente a sus contemporáneos. De este modo, la historia conceptual en la construcción teórica koselleckiana no aspira a examinar los significados que los conceptos han tenido en el curso del tiempo y sus variaciones, sino que pretende reconstruir el proceso mediante el cual se han formado los significados que tienen los conceptos históricos modernos (Chignola, 2003: 55). Precisamente la exclusión de los conceptos de la posesión de la historia, no solo en el terreno epistemológico señalado por Gadamer sino en el ámbito concreto de las fuentes históricas, impide este posible desarrollo de la historia conceptual koselleckiana. En este aspecto, se evidencia otra de las carencias de la teoría de Koselleck sobre la que habrá que volver más adelante: la desatención a la relación específica entre concepto y término o términos que lo despliegan en el lenguaje no solo en un periodo de tiempo concreto sino en marcos históricos más amplios. Es necesario advertir que, aunque los conceptos carezcan de historia en el sentido radical koselleckiano aquí expuesto; sí la poseen en un sentido laxo al menos en dos aspectos: el primero en cuanto es posible hablar de un periodo de formación del concepto, de acumulación y creación de sentido, de un periodo de plenitud, y de otro de descomposición y sustitución o permanencia residual.⁹ El mismo Koselleck hace referencia a esto

⁹ Vilanou también ha observado la dificultad del postulado koselleckiano: “El hecho de que el concepto obtenga un significado concreto en relación con un determinado contexto impide que exista una historia del concepto. Sin embargo, no es menos verdad que la historia conceptual, al describir los cambios históricos experimentados por los conceptos en el tiempo (...) confirma, por un lado la presencia del tiempo histórico, con su cambio, y por otro, una identidad del concepto

cuando dice que cada concepto tiene varios estratos de significación en los que acumula elementos de significados pasados y expectativas de futuro; el segundo, por cuanto el concepto se acrisola en el lenguaje, en el seno de unos usos lingüísticos determinados, y de una terminología preexistente y subsistente en muchos casos. Si cada concepto nuevo exigiera uno o varios neologismos para referirlo, que se extinguieran cuando el concepto caducara, acaso podría aceptarse en toda su extensión la determinación de Koselleck; pero, puesto que los conceptos se asocian esencialmente a términos y usos lingüísticos de duración generalmente más extensa, y puesto que los investigadores se relacionan directamente con estos y solo por medio de ellos con los conceptos, no pueden dejar de relativizarse los postulados de Koselleck. Por lo tanto hay que convenir que es necesario atender a una zona de confluencia entre conceptos y terminología que tiene una dimensión temporal más compleja. Además, queda también irresuelta la cuestión del texto como unidad de significación conceptual, cuestión de la que se tratará más abajo.

En Koselleck, debido precisamente a que apela a la realidad extralingüística, el concepto tiene dos aspectos que deben ser examinados: el semántico (debido a la polisemia de las palabras que deben ajustarse a una realidad en constante movimiento) y el onomasiológico (puesto que cada estado de cosas, al no poder plasmarse por completo y para siempre en un solo concepto, causa una pluralidad de significaciones) (Koselleck, 2012: 32). Ahora bien, este planteamiento resulta insatisfactorio como método de trabajo porque se limita a combinar la metodología lexicográfica (que va de la palabra al concepto) con la onomasiológica (que invierte la dirección del estudio, pasando desde el concepto a la palabra) propias de la elaboración de diccionarios pero tal vez insuficiente para la interpretación de textos desde la historia conceptual.¹⁰ En este sentido, el método muestra las limitaciones de sus presupuestos teóricos que

que cambia. Si histórico es el cambio, la identidad del concepto es de orden intelectual, con lo cual se produce una especie de síntesis entre ambas dimensiones” (Vilanou, 2006: 183).

¹⁰ Este es el planteamiento de Francisco M. Carriscondo cuando se propone, en su artículo “El valor del diccionario para la investigación de la historia de los conceptos sociales (a propósito del término *Revolución*)”, “incidir en la importancia de analizar la experiencia significativa de la palabra con la que se asocia el concepto como parte de su reconstrucción y, por tanto, su representación en el diccionario, a fin de mostrar el valor de la obra lexicográfica como herramienta de trabajo para la historia social” (Carriscondo, 2008: 5-6).

habían hecho de la palabra la unidad material de estudio conceptual; porque, en la práctica, termina reduciendo el concepto al significado de la palabra tal como se desprende de la terminología empleada por Koselleck en la explicación de la relación entre estado de cosas y términos / conceptos, que se verá después, pese a que el autor alemán sostenga la diferencia entre palabra y concepto como elementos clave de su metodología; en realidad, lo que hace es distinguir entre dos clases de palabras, las que son capaces de encarnar un concepto fundamental y las que no. La consecuencia inmediata es que el concepto (el concepto del concepto más bien) se empobrece perdiendo la multivocidad que Gadamer había señalado como su característica más genuina frente a la palabra, o reduciendo esta a casos de homonimia y sinonimia, reconociendo tan solo una serie de connotaciones en el término, esto es, sustituyendo la multivocidad por la polisemia. Por otra parte, la asociación del concepto a la palabra dificulta el análisis del discurso como unidad de significación. No puede, por tanto, distinguirse entre estudio del concepto y estudio del discurso, por cuanto ambas realidades son, en la práctica, indisolubles, siempre que no se reduzca el concepto del concepto a un tipo privilegiado de palabra.

Veamos algunos aspectos más concretos de la metodología de Koselleck a partir de las consideraciones que hasta aquí se han venido realizando. Koselleck sostiene que en los conceptos se acumulan, en proporciones variables, las experiencias del pasado, elementos de transformación histórica y anticipaciones del futuro. Es claro que solo en la Modernidad, una vez establecido el mito del progreso, puede hablarse en sentido estricto de esta tensión de fuerzas entre experiencia y expectativa de la que habla Koselleck, puesto que en el mundo premoderno, el futuro se alimentaba sustancialmente del pasado (Koselleck, 1993: 342-34). Lo que ya no resulta tan claro es cuándo comienza la Modernidad y hasta cuándo esta Modernidad sigue siendo moderna. El pensador alemán ha aplicado su teoría fundamentalmente a periodos modernos de la historia sociopolítica, desde la Ilustración a nuestros días. Los temas abordados en, por ejemplo, *Historias de conceptos* dan buena noticia de ello. En efecto, su obra ha dedicado especial atención al periodo comprendido entre 1750 y 1850, una época de convulsa transición a la Modernidad, de fractura, como se ha dicho, pero ya incluida en ella, a la que se ha

referido como *Sattelzeit*.¹¹ Incluso el mismo concepto de historia se forja, en la concepción de Koselleck, en el siglo XVIII como resultado de la aparición del colectivo singular “Historia”, resultado de la suma de las historias individuales y de la fusión de la historia como conexión de acontecimientos y de la historia como indagación, ciencia o relato de la historia (Koselleck, 2004: 27). En este contexto moderno, con la historia convertida en sujeto de sí misma, es posible, según Koselleck, la discontinuidad entre el pasado, determinado por la experiencia, y el futuro, marcado por la expectativa, mientras que el presente se reconoce por un carácter fugaz y provisorio que dota a los contemporáneos de la conciencia de estar viviendo una etapa de transición (Koselleck, 2004: 126-130). Esta limitación, heredada, según veíamos, de la influencia de Weber, convierte la historia de los conceptos en una historia de los conceptos modernos (Chignola, 2003: 55). No obstante, dentro del espacio moderno, Koselleck sí elabora una metodología histórico-filológica que atiende a los aspectos sincrónicos y diacrónicos de los conceptos, separándolos de los contextos concretos en los que aparecen para poder elaborar su línea de significación temporal (Chignola, 2003: 33).

Como se ha visto, la diferencia entre la hermenéutica y la historia conceptual se establece a partir de su distinta relación con los textos y el lenguaje. Koselleck se esfuerza por distinguir entre historia social e historia conceptual, aunque también afirma que ambas son indisociables: la historia no es equivalente a la forma de su comprensión pero tampoco puede pensarse sin ella (Koselleck, 2012: 13). Esta relación entre conceptos y estado de cosas puede darse de cuatro modos distintos. En el planteamiento se observa la limitación de la teoría koselleckiana al asociar el concepto a la palabra: en primer lugar, dice Koselleck, puede suceder que el significado de una palabra y el estado de cosas al que alude permanezcan inalterados sincrónica y

¹¹ Este es, tal vez, uno de los puntos más contestados de la teoría de Koselleck. En ese sentido, Motzlin acusa a Koselleck de haber privilegiado un momento álgido de la historia cultural alemana como fundamento de una determinada Modernidad, frente a otros periodos históricamente relevantes como el Renacimiento y otras formas posibles de Modernidad. Además, le reprocha haber obviado el periodo iniciado después de la Segunda Guerra Mundial y de haber proyectado, de forma anacrónica, una mirada retrospectiva ajena a la autoconciencia de la época señalada. Por último, también cuestiona el concepto de “periodo de transición” manejado por Koselleck y la dimensión moral subyacente en el planteamiento del autor alemán: la escasa o nula relevancia de la esfera conceptual comprendida dentro del “ayer” frente a la presente en el “hoy” (Motzlin, 2005).

diacrónicamente; una segunda posibilidad consiste en que el significado de la palabra permanezca igual y el estado de cosas se modifique. En este caso, la realidad cambiante exige ser comprendida lingüísticamente de nuevo; en tercer lugar, puede ocurrir que se altere el significado de la palabra, pero que la realidad a la que apuntaba anteriormente permanezca igual. En tal situación, el lenguaje necesitará encontrar nuevas formas de expresión para nombrar la realidad que ha permanecido inalterada; por último, puede que tanto el estado de las cosas como su significado evolucionen de forma separada, de forma que se pierda la comprensión de la relación existente en el pasado (Koselleck, 2012: 32). En todo caso, dice Koselleck, “escribir la historia de un periodo significa formular enunciados que nunca pudieron ser hechos en ese periodo (...) La Histórica (...) remite a procesos a largo plazo no contenidos en los textos sino que más bien provocan textos” y poco más adelante añade: “Hay procesos históricos que escapan a toda compensación o interpretación lingüística. Este es el ámbito al que la Histórica se dirige, al menos teóricamente, y que la distingue, aun cuando parezca ser abrazada por la hermenéutica filosófica” (Koselleck y Gadamer, 1997: 92, 93). Es aquí, en el hiato entre el documento concreto y el proceso histórico al que se refiere pero que escapa al registro lingüístico de sus contemporáneos, a mi juicio, cuando Koselleck, eludiendo, por una parte, el sometimiento al texto concreto, y, por otra, la estructura lexicográfica y terminológica del concepto antes vista, realiza sus más importantes aportaciones a la historia conceptual.

En resumen, la metodología de la historia conceptual de Koselleck se conforma a partir de los siguientes elementos: el análisis de crítica histórica, el principio diacrónico, la semasiología y la onomasiología, la distinción entre palabra y concepto (con las consideraciones hechas más arriba), y la premisa de que la historia se plasma en determinados conceptos (Oncina Coves, 2009: 35-36).

Distinto es el caso de la Escuela de Cambridge. Influidos por el segundo Wittgenstein y sus “juegos del lenguaje”, Quentin Skinner y John G. A. Pocock, entre otros, han elaborado una historia del concepto alejada de las categorías suprahistóricas de Koselleck y de las limitaciones autoimpuestas de la hermenéutica gadameriana.¹² Pocock advierte de la tendencia de la historia a convertirse en filosofía

¹² Véase Oncina Coves, 2009: 37-40.

y de los peligros a los que aboca esta inclinación: el historiador, al intentar entender y ordenar el material histórico con el que trabaja, lo reelabora filosóficamente, elevándolo a niveles cada vez más abstractos y generales. El problema es determinar hasta qué punto estas reelaboraciones siguen ofreciendo explicaciones válidas que permitan entender las experiencias históricas reales sin distorsionarlas: “Podemos escribir la historia de las ideas en términos abstractos a cualquier nivel de generalidad, siempre y cuando seamos capaces de verificar, de forma independiente, que las abstracciones que usamos se empleaban en los ámbitos relevantes para nuestro estudio, en la época que analizamos, y por parte de pensadores que forman parte de nuestro relato” (Pocock, 2011: 23). Skinner afirma, abundando en este sentido, que “The relevant logical consideration is that no agent can eventually be said to have meant or done something which he could never be brought to accept as a correct description of what he had meant or done” (Skinner, 1969: 28). De este modo, ambos introducen una estricta limitación al despliegue de la teoría: el historiador no debe sobrepasar las coordenadas conceptuales de la época que estudia, ni alejarse tanto de lo dicho por el autor del texto que éste no pudiera reconocerse en la interpretación del historiador. Esta decisión escinde claramente su postura intelectual de la hermenéutica gadameriana y de la Histórica de Koselleck. En el primer caso, porque rompe con los presupuestos de la fusión de horizontes; en el segundo, porque rechaza la posibilidad de emplear conceptos temporales más amplios, no determinados en el periodo examinado pero ya actuantes de algún modo en él. No solo eso: además, el autor de *El momento maquiavélico* invierte la jerarquía entre teoría y acción, apuntando que el historiador debe preferir la explicación contingente y directa de los acontecimientos, cuando esta es suficiente, a la teórica general (Pocock, 2011: 26). Pocock continuaba así el trabajo de Skinner quien, ya en el citado trabajo de 1969, había denunciado la interpretación errónea de los textos del pasado a la luz de teorías determinadas por concepciones extra-históricas de la teoría política y la historia, de modo que se incurría en el anacronismo (cuando se atribuían a autores del pasado conceptos que no estaban a su disposición), y la prolepsis, “cuando se consideraba que los autores antiguos anticipaban la creación de unos argumentos en cuya formación supuestamente habría desempeñado un papel el texto, sin demostrar previa e históricamente que el texto analizado desempeñó cierto papel en este proceso” (Pocock, 2011: 141). En consecuencia, es el lenguaje el que establece

los límites de lo que el autor puede decir y de lo que pueden haber entendido sus contemporáneos.

A partir de estas premisas, la Escuela de Cambridge propone una serie de instrumentos para operar en el examen de los discursos históricos. Resulta particularmente interesante el concepto de relaciones-pasado que es definido por Pocock como la “dependencia, mediada por una actividad especializada o grupo organizado, de un pasado concebido para asegurar la continuidad” (Pocock, 2011: 161). Así, una sociedad puede tener muchos pasados y muchas formas de depender de estos, muchas relaciones-pasado.¹³ La determinación de diversas relaciones-pasado dentro de un mismo periodo histórico deriva de la necesidad de establecer, en el examen de los discursos del pasado, una relación con el presente cuando la explicación de la tradición se ha perdido y debe ser sustituida bien por la historia, bien por explicaciones racionales ahistóricas y universales para las que el pasado y el presente son solo ilustraciones o aplicaciones locales (Pocock, 2011: 164-165). Como puede verse, no siempre la relación-pasado da lugar a una explicación histórica.

Lo que interesa ahora del planteamiento de Pocock es la relación entre relación-pasado, escritura y tradición. La tradición escrita es un modo especial de tradición determinada por la materialidad del texto que se impone al uso y la presunción propios de la tradición oral. En el caso de la tradición escrita, los discursos, desprendidos de su contexto original, interpelan a sus lectores futuros, que pueden interpretarlos de forma distinta a como lo hicieron sus contemporáneos. Además, estos lectores futuros pueden recuperarlos parcialmente, ordenarlos y seleccionarlos para formar una nueva imagen del pasado que, a su vez, modifique su autoridad sobre el presente: “Lo que denominamos historiografía no es más que el debate en torno a versiones alternativas del pasado y su relación con el presente y, por lo tanto, podemos aventurar la hipótesis de que la historiografía surge en una tradición escrita en el mismo momento en

¹³ Recuérdese el peso que el concepto de paradigma científico de Kuhn tiene en Pocock, sobre todo al comienzo de su labor intelectual, y cómo se distancia de él al entender, precisamente, que, a diferencia de lo que sucede en el ámbito de la investigación científica en el que no es posible la coexistencia de paradigmas diversos salvo en los breves periodos en los que uno es sustituido por otro, en el pensamiento político es posible la simultaneidad de paradigmas diferentes, aunque tendemos a considerar sólo aquellos que consiguen imponerse sobre el resto (Pocock, 2011: 9-11).

que se intentan alterar, no tanto los datos de pasado, como el tipo de autoridad que ejercen sobre el presente” (Pocock, 2011: 216). La mediación entre pasado y presente en el ámbito de la tradición escrita es, para Pocock, el elemento fundamental en el origen de la historiografía y, podría añadirse, de la interpretación de los discursos históricos como tales. Pero, pese a que la relación entre presente y pasado determina el nacimiento de la interpretación de los documentos históricos, su papel en el desarrollo de dicha investigación es mucho más reducido de lo que sucede en la hermenéutica gadameriana y en la Histórica de Koselleck.

En efecto, ambos aspectos, tradición escrita y mediación entre pasado y presente, son también esenciales en la hermenéutica filosófica de Gadamer. Sin embargo, no hay en el autor británico un concepto análogo al de eficacia histórica, clave en el pensamiento del alemán. En efecto, Gadamer extiende la eficacia histórica no solo a las obras del pasado que han llegado hasta el presente sino incluso a la historia que no llega a hacerse plenamente evidente. En consecuencia, el entender no es tanto una acción de la subjetividad, puesto que alcanza a un pasado impreciso del que no tenemos conciencia, sino que es más bien un movimiento propio hacia un acontecer de la tradición en el que pasado y presente se hallan en continua mediación. La conciencia de la eficacia histórica opera en varios niveles: en primer lugar en el reconocimiento de su propia situación hermenéutica, en la medida en que esta sea posible; en segundo lugar, en un sentido filosófico general, tomando conciencia de la acción de la historia en todo entender, más allá del terreno subjetivo de la conciencia; en la conciencia de pertenecer a una conciencia de época, hasta cierto punto no consciente; en la consecuente conciencia del límite del entender y, por lo tanto, en la convicción de una sostenida autovigilancia; en la fusión de horizontes: pasado y presente se condicionan mutuamente: comprender es fusionar estos horizontes que existen presuntamente por sí mismos (Grondin, 2003, 148-153).

En Pocock, el entramado teórico es mucho más sencillo y se dirige sobre todo a la prevención de una lectura anacrónica y voluntariamente tergiversadora del sentido estricto de los textos históricos. Si para Gadamer, la tradición es fundamento de la conciencia, “lo inmemorial de todo entender” (Grondin, 2003: 154) y, en consecuencia, pieza esencial de la eficacia histórica, Pocock entiende la tradición en un sentido limitado, distinta sustancialmente de la historia, como una repetición indefinida de una serie de acciones

de tal modo que cada una de ellas presupone otra anterior en una regresión infinita. La historia solo aparece cuando la explicación del presente que ofrece la tradición resulta insuficiente. Así, afirma Pocock, “la matriz tradicional es sustituida lentamente por una visión histórica que da lugar a profundos cambios en el modelo social” (Pocock, 2011: 202-204).

Por otra parte, los historiadores de la Escuela de Cambridge no comparten las ideas hermenéuticas sobre el papel de los prejuicios en la interpretación. Por eso, tal vez, su visión de la pluralidad de las lecturas de los textos históricos y, especialmente, de la reelaboración del pasado desde el presente es, a menudo, suspicaz, como se colige de las palabras de Pocock que atribuye a estas interpretaciones intenciones dolosas cuando habla de intentar alterar los datos del pasado en beneficio de una cierta visión del presente. Todo esto hace que la historia conceptual británica se presente como una disciplina menos teórica que las koselleckiana y gadameriana, más apegada al discurso y al lenguaje, y menos ideológica, aunque quizá solo lo sea de forma distinta.

Metodológicamente, la historia conceptual de Skinner y Pocock se rige por dos coordenadas de distinto signo. La primera, de carácter negativo, tiene por objeto la vigilancia ante cualquier posible filtración de crítica ideológica o teórica. La segunda, de carácter positivo, se despliega en la construcción de un método analítico conceptual de investigación del lenguaje de los discursos históricos. La vigilancia crítica respecto a la teoría y la crítica ideológica advierte del peligro de relacionar fenómenos distantes o de naturaleza heterogénea cuando esta conexión no está sostenida sobre la evidencia empírica o los métodos procedimentales. Así, Pocock denuncia el proceder de la historia de las ideas por el que se revelan progresivamente nuevos niveles de significación sin el suficiente apoyo en los datos empíricos; y aboga por respetar provisionalmente la posible incongruencia arrojada por los datos dispersos, hasta que la investigación aporte nuevos elementos de juicio que muestren su congruencia, en lugar de buscarla en la teoría. En este sentido, lo abierto, lo mostrado por los datos, no puede nunca considerarse subsidiario frente a lo encubierto; tampoco debe lo encubierto erigirse en explicación de lo abierto. El respeto a los datos históricos comprende la necesidad, según Pocock, de mantener el valor de aquellos niveles de significación que fueron decisivos para los contemporáneos del periodo histórico examinado y que pueden caer en el olvido por la búsqueda de ideología o de

significado encubierto del investigador (Pocock, 2002: 29-30).

Desde el punto de vista positivo, como señala Eloy García en su “Estudio preliminar” a *El momento maquiavélico*, la metodología seguida por Pocock exige, en primer lugar, una rigurosa contextualización que permita la interpretación correcta del discurso y la reconstrucción del contexto en el que se inserta. Esto demanda, a su vez, la inserción de los vocabularios y lenguajes en la realidad concreta en que fueron concebidos, evitando cualquier confusión o anacronismo resultado de la homonimia o de la deriva diacrónica del concepto. La atención a los vocabularios de la realidad concreta, al lenguaje ordinario frente al lenguaje ideal y unívoco, deriva, como se ha dicho, del Wittgenstein de las *Investigaciones filosóficas*. Hay en este punto una cierta confluencia con la hermenéutica filosófica, también atenta al lenguaje cotidiano y al examen del nexo entre el pensar y el habla. El propio Gadamer ha reconocido esta proximidad en varios lugares de su obra, llegando a calificar los juegos lingüísticos de Wittgenstein de proceder hermenéutico en cuanto “la hermenéutica representa el otro punto de vista que intenta aclarar el fenómeno lingüístico, no desde unos procesos elementales sino desde su propia realidad vital” (Gadamer, 2000c: 367).

En segundo lugar, es necesario considerar la vinculación del lenguaje empleado en el texto como un instrumento al servicio de una determinada argumentación, producto de una realidad empírica dada y en ningún caso susceptible de devenir una superestructura al margen de lo real. Pensamiento y realidad, acontecimiento y reflexión, se conciben como un todo que debe ser reconstruido desde la realidad analizada por el investigador (Pocock, 2008: 20). Esto supone, en la práctica, una inversión del proceder de la crítica ideológica que tiende a operar de lo general a lo particular, de la teoría al dato, con la pretensión de explicar, sin fisuras ni incongruencias, la realidad histórica. Estamos, a mi juicio, ante lo que Rorty denominó “nominalismo metodológico”, un proceder intelectual de carácter wittgensteiniano que, sin negar taxativamente la existencia de universales o conceptos constatables sin la mediación del lenguaje, propone argumentos que inducen a pensar que si creyéramos en tales posibilidades estaríamos equivocados. Por el contrario, sugiere en estos casos la solución lingüística. De este modo, el “nominalismo metodológico” puede definirse como

la creencia en que todas las preguntas que los filósofos se han hecho

sobre conceptos, universales subsistentes o “naturalezas” que a) no pueden ser contestadas mediante investigación empírica sobre la conducta o las propiedades de los particulares subsumidos bajo tales conceptos, universales o naturaleza, y que b) pueden ser respondidas de *algún* modo, pueden serlo contestando preguntas sobre el uso de expresiones lingüísticas, y de ninguna otra manera (Rorty, 1998: 67).

La diferencia esencial entre el planteamiento gadameriano y el de Pocock estriba, en el terreno metodológico, en que el británico prescinde de toda referencia al presente del investigador. No hay cabida para la reflexión sobre la propia situación hermenéutica ni sobre el papel decisivo de la historia en todo entender. En consecuencia, el presente se desvanece u oculta en la propuesta de la Escuela de Cambridge, rompiendo así cualquier posibilidad de aplicar en ella la fusión de horizontes de la hermenéutica gadameriana.

Pese a las diferencias aquí recogidas, la historia conceptual de Koselleck y la de la Escuela de Cambridge comparten también una serie de presupuestos que deben ser tenidos en cuenta. Ambas son reacciones contra la historia de las ideas y ambas se sirven del lenguaje como pieza angular de su metodología. Tanto la escuela británica como la germana defienden una concepción histórica del mundo y de la conciencia, así como la necesidad de que los historiadores hagan explícitos los presupuestos teóricos con los que trabajan (Valkhoff, 2005: 85-86). Las dos se interesan por las relaciones entre la conciencia histórica y la política; ambas describen la emergencia de un contexto paradigmático que Valkhoff denomina “lenguaje del tiempo contingente” (Valkhoff, 2005: 93). Es el lenguaje el espacio en el que se revelan las incongruencias, las heterogeneidades entre la facultad cognitiva humana y la realidad del mundo: la incapacidad humana de explicar la realidad y, por tanto, de prever las consecuencias de sus decisiones y actos. En el caso de Koselleck, la heterogeneidad se pone de relieve en la distinta proporción de experiencia y expectativa que conforma los conceptos; en Pocock, en la coexistencia simultánea y en la sustitución de paradigmas políticos en una sociedad determinada (Valkhoff, 2005: 86-88). Estas similitudes han permitido, en la práctica, la creación de grupos de investigación y la realización de proyectos de historia conceptual que integran ambas corrientes, como, por ejemplo, el HPSCG (History of Political and Social Concepts Group) fundado en Londres en 1998 (Vilanou, 2006: 167).

Respecto a las relaciones con la filología, esta ha sido empleada como una disciplina auxiliar por ambas versiones de la historia de los conceptos.¹⁴ La filología ha sido una herramienta en el examen de los discursos históricos dentro de proyectos pertenecientes a los ámbitos de la sociología y el pensamiento político e histórico, en todo caso ajenos a los estrictos estudios filológicos y literarios. Esto no obstante, la historia conceptual también puede aportar algunos instrumentos y enfoques metodológicos de gran interés para la historia de la literatura y la interpretación de textos literarios. En este caso, el proceso debe invertirse: la historia conceptual debe pasar a ser una herramienta de trabajo para el filólogo, el crítico y el historiador de la literatura. Para ello es necesario atender a los acontecimientos históricos, las construcciones teóricas religiosas, políticas, filosóficas y científicas, los hábitos y creencias sociales con la finalidad de iluminar unos textos del pasado que, por el uso de una terminología secular que ha sobrevivido hasta nuestros días, pueden enmascarar su verdadero sentido, haciendo al lector moderno incurrir en anacronismos de diversa índole, no solo en relación a un texto concreto sino también al espacio contextual que lo acota. La historia conceptual puede aportar al estudio de la literatura un amplio repertorio de conceptos para operar en la comprensión de los textos literarios, así como un mecanismo eficaz para detener las lecturas anacrónicas procedentes de la historia de las ideas y sus derivados. No obstante, para que la aplicación de la historia del concepto al estudio de los textos literarios sea fructífera, algunos aspectos de sus presupuestos y metodología deben matizarse, particularmente los relativos a la unidad mínima conceptual, la posible aplicación de conceptos ajenos a la época que se estudia y la relación de los textos con la realidad extralingüística.

Desde el punto de vista de los estudios literarios, considero que el problema con la historia conceptual tiene que ver, en primer lugar, con los términos en los que se materializa el concepto. Ya se ha dicho

¹⁴ No sólo la historia conceptual se ha servido de la filología en sus investigaciones, sino que la historia, y más desde el giro lingüístico, ha visto en la filología un instrumento imprescindible: “La clave *filológica* o lingüística, concierne al principal vehículo de la política: los discursos (escritos u *orados*), cuando no las discusiones, los decretos, etcétera. Desde hace ya tiempo los filólogos se sienten cada vez más cercanos e implicados en la historia a través de sus indagaciones sobre el Humanismo, los géneros literarios, la semántica-semiótica, de los lenguajes (...). Desde la otra orilla, los historiadores, máxime desde el tan mentado *giro lingüístico*, necesitan esta *aproximación* literaria a los textos, en definitiva, a sus fuentes” (Aranda Pérez y Damiao Rodrigues, 2008: 28-29).

más arriba que era necesario profundizar aún más de lo que Koselleck contempla en su propuesta en la relación entre conceptos y términos.¹⁵ Es aquí donde el filólogo debe jugar sus mejores bazas, en la fijación del sentido de los conceptos, recogiendo su multivocidad en la medida en que sea posible, más allá de lecturas anacrónicas, sea cual sea la naturaleza del anacronismo. Hay casos de conceptos fundamentales, de los que para Koselleck crean una fractura histórica, en los que puede ser más oportuno examinar no solo los aspectos que vinculan estos conceptos de fractura con la Modernidad sino también lo que permanece en ellos del pasado y el modo en que este pervive en estas zonas acaso mal llamadas de transición. Piénsese, por ejemplo, en la riquísima y compleja red de conceptos que se conforma durante los siglos XVI y XVII, un periodo histórico muy prolongado que, sin embargo, es calificado como una época de transición entre el mundo feudal y el burgués. De este modo, por una parte, se ocultan una serie de rasgos de sentido genuinos, no asimilables a un orden ni a otro, sino específicos que debiera ser atendida por el lector especializado; y, por otra, se proyecta sobre los textos una nota de provisionalidad histórica del todo anacrónica, impensable para los autores y los lectores del periodo. En este aspecto, debe ser objeto de atención minuciosa la inmutabilidad de determinados términos pese a la alteración de su contenido conceptual en diversos momentos históricos. El historiador de la literatura puede, mediante el examen del uso de la misma palabra en épocas distintas, en discursos de muy distinto género, apuntar las razones no solo por las que un término pasa a tener en cierto momento un sentido diferente, sino, a la inversa, cómo es posible que un concepto nuevo se materialice en una palabra que, hasta entonces tenía un sentido distinto. Es aquí donde la tradición literaria, la metaforología y la historia de la lengua deben desempeñar un papel fundamental.

¹⁵ Tiene razón Francisco Carriscondo al recordar que “La lengua es así no un mero soporte neutro de los referentes, sino un vehículo que transmite los conceptos con que se mueve una sociedad a lo largo del tiempo. Y, para Koselleck, lo que caracteriza al concepto es la polivocidad y su adhesión a una palabra (...) en el concepto se aglutina toda esa polisemia y, además, toda la experiencia histórica” (2008: 2-3), aunque, como se ha visto antes, la dimensión casi exclusivamente lexicográfica de la historia conceptual reduce la polivocidad, con frecuencia producto del discurso y no del término. La historia conceptual de Cambridge, que toma como unidad de estudio los discursos, por una parte, y la hermenéutica gadameriana, por otra, pueden ser de gran ayuda en la corrección de estas limitaciones.

Ahora bien, como ya se sugirió más arriba, el estudio de la relación entre concepto y palabra es insuficiente y reclama ser emplazado dentro del estudio del texto, en la acepción ricoeuriana de discurso escrito (Ricoeur, 1999b: 59), como unidad mínima de sentido. En efecto, frente al espacio de la significación que corresponde a la palabra, el texto, en cuanto predicación, se refiere a la realidad extralingüística (Ricoeur, 1999a: 49). Es en el texto donde el concepto se encarna en un sentido determinado, manteniendo, no obstante, su multivocidad, en cuanto que el sentido o sentidos concretos actualizados en el discurso, retienen, suspendidos, los otros sentidos posibles y presentes en otros textos contemporáneos. El texto, en consecuencia, debe ser también, junto con la palabra, objeto de estudio de la historia conceptual, si quiere resultar un instrumento útil en la investigación filológica y literaria.

También respecto a la temporalidad pueden hacerse algunas precisiones. Cuando un concepto nuevo se encarna en un término, o unos términos o expresiones que antes tenían una significación distinta se contagia en mayor o menor medida de esta: en el concepto queda estratificado el sentido pasado, sobre el que se extiende el nuevo, pero no desaparece del todo, sino que sigue ejerciendo una actividad más o menos sostenida en el discurso. Por eso, en el estudio del concepto que registra la fractura histórica y que, como dice Koselleck, es al mismo tiempo factor de la misma, a menudo, resulta necesario examinar no solo la carga de sentido novedosa que enlaza con la Modernidad, sino también cómo sigue presente la que queda rezagada y subsiste del momento anterior; o bien, aquella que en el particular periodo histórico se considera subsistente por sus contemporáneos, aunque para el historiador, *a posteriori*, resulte menos interesante. En este caso hay que examinar las novedades de la realidad histórica que dan lugar a este concepto y que pueden proceder de los ámbitos religioso, político, económico, filosófico, entre otros; o, más frecuentemente, de la confluencia y trabazón de todos ellos. La interpretación del texto exige considerar no solo aquellos fenómenos que parecen relevantes a los ojos del crítico y del historiador actuales, sino, como ha explicado Pocock, los que lo eran para los individuos que escribieron y pudieron leer los textos en el momento de su producción. Los historiadores de Cambridge han sido en esto taxativos, reprochando a la filosofía de la historia idealista, especialmente a la marxista (a la que incluyen dentro del idealismo, al igual que hace Koselleck), el haber desatendido amplias zonas de

significación abierta, en beneficio de la lectura ideológica de lo encubierto (Pocock, 2002: 30 y 41).

En el estudio literario, a diferencia de lo que ocurre en el trabajo del historiador, el estado de cosas extralingüístico tiene un valor diferente. Al historiador compete verificar la correspondencia entre documento y acontecimiento y sus posibles distorsiones. Al estudioso de la literatura, lo que le ocupa es el examen del sentido del texto, de los conceptos en él desplegados. La relación con la realidad extralingüística no interesa en cuanto que los acontecimientos se hayan producido o no realmente como se refleja en el discurso, sino en todo caso para apreciar más precisamente la comprensión del mundo que el texto muestra. En este caso, la distorsión respecto de la realidad extralingüística puede tener un valor de síntoma que debe ser atendido.

Por otra parte, es necesario también religar la actividad interpretativa de la hermenéutica con la labor explicativa, de reconstrucción, de la Escuela de Cambridge. A la afirmación radical de Pocock de que es necesaria menos exégesis y más historia (Pocock, 2002: 41) puede responderse que la historia, en el sentido de historiografía, es ya, de hecho, interpretación, exégesis; y más aún si se tiene en cuenta el concepto de historiografía manejado por Pocock y asociado al documento escrito, la pérdida de la tradición y la discusión respecto a la autoridad del pasado sobre el presente. En cuanto escritura, el texto histórico demanda la interpretación como trabajo de realización de una función referencial que, a diferencia de lo que ocurre con el discurso oral, se escatima al presente del lector (Ricoeur, 1999b: 63). Ciertamente, la historia conceptual previene contra los anacronismo derivados de la crítica idealista y teórica, pero esto no la exime de la actuación hermenéutica; por el contrario, es la hermenéutica filosófica la que abre la posibilidad de la autovigilancia constante y la continua revisión de los resultados obtenidos. En este sentido, frente a la propuesta de la Escuela de Cambridge, es necesario recordar con Szondi (2006: 44) que el propio concepto de comprensión es histórico y que las reglas y objetivos que parecen pertinentes en un determinado momento para la interpretación son desestimados y sustituidos cuando el concepto de comprensión cambia y ya no son útiles para satisfacer sus pretensiones. No solo la literatura está condicionada por la historia sino que, en un inevitable juego de palabras, es necesario reconocer “el condicionamiento de conocimiento histórico por la historicidad del conocimiento” (Szondi,

2006: 234). Por eso, la historia conceptual, incluso en las propuestas más radicales de la Escuela de Cambridge, está indosociablemente referida al presente del investigador, y, en consecuencia, será necesario poner de relieve la propia situación hermenéutica, en la medida de lo posible, para operar con mayor garantía sobre el texto histórico o literario. La expresión de esta situación hermenéutica es esencial para hacer ver qué concepto de historia y qué concepto del concepto se está empleando. Por otra parte, creo que al estudioso de la literatura, historiador o crítico, no le son de utilidad las categorías de la Histórica, cuya suprahistoricidad podría devenir en la aparición de prácticas investigadoras cercanas al estructuralismo, como sería la búsqueda e identificación de los pares antitéticos descritos por Koselleck en textos narrativos, cartas o documentos políticos del pasado, lo que podría distorsionar el sentido histórico propio de los conceptos articulados en dichos documentos. Esto no quiere decir, por otra parte, que el investigador no pueda manejar conceptos que se refieran a periodos extensos de tiempo, indisponibles para los autores y lectores de una época determinada, como sugiere Koselleck y contra lo que parece afirmar los historiadores de Cambridge.

Finalmente, el estudio de los textos literarios, por sus propias características lingüísticas, retóricas y poéticas (eludo el término “estéticas”, por referirse a un modo exclusivamente moderno de relacionarse con la obra artística) exige una atención a la metaforología superior a la que, en principio, compete al historiador del pensamiento político y social. La metáfora, excluida del lenguaje filosófico y más incluso en el político y jurídico por su imprecisión y multivocidad, es, sin embargo, esencial en la formación de conceptos y en su presentación en textos de todo género, más aún en los literarios. Dos aspectos interesan en el examen de la metáfora con relación al concepto: en primer lugar, como limo preconceptual de donde surgen o pueden surgir los conceptos; en segundo lugar, como encarnación de conceptos de diversa índole en el lenguaje ordinario y, particularmente, en los textos literarios.

Respecto al primero de estos aspectos (la metáfora como elementos formador de conceptos), es necesario recordar que los historiadores del concepto han tendido generalmente a prescindir de ella por su resistencia a la terminologización y la dificultad de corroborar su función en la formación de conceptos con los instrumentos lingüísticos probatorios usualmente empleados. Ahora bien, como Blumenberg ha demostrado, la metáfora, precisamente por

su vaguedad e indeterminación, juega un papel ineludible en este proceso. En particular, las metáforas absolutas “indican así a la mirada con comprensión histórica las certezas, las conjeturas, las valoraciones fundamentales y sustentadoras que regulan actitudes, expectativas, acciones y omisiones, aspiraciones e ilusiones, intereses e indiferencias de una época” (Blumenberg, 2003: 63). Una cuestión que debe ser examinada en este punto es el modo en que opera la catacresis en la modificación de significado que los conceptos nuevos realizan en términos ya existentes. La relación de semejanza, entendida esta en un sentido amplio, entre el significado anterior del término y el nuevo que el concepto introduce es importante en cuanto que permite a los contemporáneos un grado inicial de reconocimiento y, por tanto, de aceptación del nuevo concepto. Se trata de un trabajo que tiende a profundizar en el proceso de formación de los conceptos, más allá de los pasos etimológicos seguidos con frecuencia por los historiadores del concepto y orientados a la constitución de repertorios lexicográficos. En este sentido, resulta extremadamente interesante la propuesta de Blumenberg respecto a la formación del concepto de “secularización”. Blumenberg analiza, desde un punto de vista diacrónico la formación del concepto desde su origen, en el que, desde una perspectiva jurídico-eclesiástica, alude a la expropiaciones de los bienes de la Iglesia por el Estado a partir de la Paz de Westfalia, hasta su concepción interpretativa de la Modernidad en la que esta es producto de la secularización de determinados conceptos cristianos, pasando por la apropiación por el Estado de la custodia de derechos espirituales que estaban al cargo de la Iglesia. La historia del concepto (Blumenberg cita el trabajo de Hermann Zabel) no puede encontrar una conexión genética entre un extremo y otro, esto es, entre el concepto jurídico y la categoría interpretativa. Pero Blumenberg cuestiona esta metodología, en favor de la libertad conceptual imprecisa y multívoca que se produce en el ámbito real de los hablantes. Además, apunta una crítica certera a la metodología genética de la historia conceptual que enlaza, de paso, con la inevitable posición hermenéutica del investigador que, desde el presente, traza su interpretación del pasado, con categorías de su tiempo: “Dado que los conceptos son algo que nosotros mismos constituimos, su historia puede ser entendida teleológicamente; por ello, la historia del concepto no estaría vinculada a un esquema degenerativo donde el contenido pleno solo se habría dado en lo prístino de sus primeros momentos” (Blumenberg, 2008: 30).

La crítica de Blumenberg a la metodología conceptual volcada hacia la terminologización y la univocidad confluye, desde su posición intelectual, con las observaciones que en el mismo sentido se han expuesto en este trabajo. Además, apunta a una reivindicación de la metáfora como espacio fecundo para la formación de conceptos, precisamente por su multivocidad y capacidad de sugerencia. De este modo, defiende que la alteración del contenido del término “secularización” en sentido interpretativo de la historia no es un simple uso metafórico del término jurídico-eclesiástico, como afirmaba Zabel, sino más bien una orientación de formación del concepto desde el citado trasfondo metafórico, que define como “un apoyo efectivo en la génesis del concepto que o ya no está presente en el propio concepto o hasta ha de ser sacrificado a la necesidad de definición, la cual, según una sólida tradición, no admite elementos metafóricos” (Blumenberg, 2008: 30). Así pues, la metáfora no añade una acepción a un término preexistente, sino que, por catacresis, lo transforma en un concepto completamente nuevo que no guarda, con el sentido anterior, ninguna relación de carácter genético.

En segundo lugar, la metáfora puede convertirse en un vehículo del concepto ya fraguado anteriormente en el texto literario. Del terreno conceptual de la multivocidad, el texto en el que se inserta dota a la metáfora de un sentido más restringido. No obstante, la peculiar naturaleza de la metáfora puede retener el eco de esa multivocidad que el investigador debe abordar estudiando estas huellas más allá del sentido dominante en el texto concreto.

En conclusión, la historia del concepto es un instrumento valioso para la investigación literaria. Por una parte, encauza metodológicamente algunas de las propuestas más inconcretas de la hermenéutica; por otra, ofrece un recurso sólido contra el riesgo de anacronismo en la interpretación de textos literarios. Pero, junto a estos elementos positivos, la historia del concepto, tanto en la vertiente germana de Koselleck, como en la británica de Skinner y Pocock, poseen aspectos que deben ser examinados con reservas en su aplicación a la investigación literaria. Respecto a la propuesta de Koselleck, se han sometido a crítica la tendencia a la univocidad terminológica en detrimento de la multivocidad conceptual, las categorías antropológicas de la Histórica, la consideración del vocablo como unidad mínima de sentido conceptual y el concepto de *Sattelzeit*; en cuanto al planteamiento de la Escuela de Cambridge, debe tomarse con la debida cautela su desatención del examen de la

posición hermenéutica del historiador, en particular, del carácter histórico de los mecanismos conceptuales con los que opera, ineludiblemente asociados al presente del historiador y, en consecuencia, anacrónicos para la época pasada que se investiga, tal como se ha expuesto en estas páginas. Por otra parte, debe considerarse la importancia de la metaforología no solo en la formación de conceptos en general, sino, en concreto, respecto a los textos literarios; y el poder de representación conceptual de la metáfora capaz de mantener, siquiera de forma subsidiaria, los ecos de la multivocidad como rasgo esencial del concepto.

BILIOGRAFÍA

- Aranda Pérez, F. J., J. Damiao Rodrigues (2008), “Claves, fundamentos y debates para una política hispánica”, en Aranda Pérez, F. J., J. Damiao Rodrigues (eds), *De Re Publica Hispaniae*, Madrid, Sílex, pp. 19-58.
- Blumenberg, H. (2003), *Paradigmas para una metaforología*, Traducción y estudio preliminar de J. Pérez de Tudela Velasco, Madrid, Trotta.
- (2008), *La legitimación de la Edad Moderna*, Valencia, Pre-Textos.
- Carriscondo, F. M. (2008), “El valor del diccionario para la investigación de la historia de los conceptos sociales (a propósito del término *Revolución*)”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Tomo XVI, 1, pp. 1-30.
- Chignola, S. (2003), “Historia de los conceptos, historia constitucional, filosofía política. Sobre el problema del léxico político moderno”, *Res publica*, 11-12, pp. 27-67.
- Gadamer, H. G. (1996), *Verdad y Método*, Salamanca, Sígueme.
- (2000a), “La historia del concepto como filosofía”, *Verdad y Método II*, Salamanca, Sígueme, pp. 81-93.
- (2000b), “Texto e interpretación”, *Verdad y Método II*, Salamanca, Sígueme, pp. 319-347.
- (2000c), “Hermenéutica”, *Verdad y Método II*, Salamanca, Sígueme, pp. 363-373.
- Grondin, J. (2003), *Introducción a Gadamer*, Barcelona, Herder.

- Koselleck, R. (1993), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Paidós.
- (2004), *historia/Historia*, Traducción, introducción y notas de A. Gomez Ramos, Madrid, Trotta.
- (2012), *Historias de conceptos*, Madrid, Trotta.
- Koselleck, R. y H. G. Gadamer (1997), *Historia y hermenéutica*, Introducción de J. L. Villacañas y F. Oncina, Barcelona, Paidós.
- Motzlin, G. (2005), “On the Notion of Historical (Dis)Continuity: Reinhart Koselleck’s Construction of the Sattelzeit”, *Contributions to the History of concepts*, 2, vol. 1, pp. 145-158.
- Oncina Coves, F. (2009), *Historia conceptual, Ilustración y Modernidad*, Barcelona, Anthropos.
- Pocock, J. G. A. (2002), *Historia e Ilustración*, Madrid, Marcial Pons.
- (2008), *El momento maquiavélico*, Estudio preliminar y notas de E. García, Comentario crítico de J. Gomes Canotilho, Madrid, Tecnos.
- (2011), *Pensamiento político e historia*, Madrid, Akal.
- Ricoeur, P. (1999a), “Filosofía y lenguaje”, *Historia y narratividad*, Introducción de A. Gabilondo y G. Aranzueque, Barcelona, Paidós, pp. 41-57.
- (1999b), “¿Qué es un texto?”, *Historia y narratividad*, Introducción de A. Gabilondo y G. Aranzueque, Barcelona, Paidós, pp. 59-81.
- Rorty, R. (1998), *El giro lingüístico*, Barcelona, Paidós.
- Skinner, Q. (1969), “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, *History and Theory*, 8, 1, pp. 3-53.
- Szondi, P. (2006), *Introducción a la hermenéutica literaria*, Estudio preliminar de J. M. Cuesta Abad, Madrid, Abada.
- Vallkhoff, R. (2005), “Some similarities between Begriffsgeschichte and the history of discourse”, *Contributions*, 2 (1), pp. 83-98.
- Vilanou, C. (2006), “Historia conceptual e historia intelectual”, *Ars Brevis*, 12, pp. 165-190.
- Wiehl, R. (2005), “Arte del concepto e historia del concepto en la hermenéutica filosófica de Hans-Georg Gadamer”, *Éndoxa: Series filosóficas*, 20, pp. 63-85.